La realidad nos presenta una larga fila de preguntas y, por ahora, muy pocas o ninguna respuesta, porque es muy difícil imaginarlas en un mundo en el que no hay certidumbres. La gente tiene que aprender a vivir sin las respuestas automáticas que ya no le son útiles y que hay que revisar.

¿Cuáles son las claves para identificar líneas de salida? No lo sé. Pero lo que he visto es que los jóvenes precisan que se les escuche. Y hay que hacerlo porque, si no, se van a las redes sociales, que les resultan mucho más interesantes. Los movilizan los temas medioambientales. El voluntariado también los engancha. Pero, sobre todo, hay que darles libertad, porque ellos tienen que hacer su propia experiencia, en el acierto y en el error.

Este ensayo tiene como preocupación central el legado que nuestras generaciones ofrecen para que los jóvenes definan y construyan su propio quehacer. Brinda una potente radiografía —una resonancia magnética, diríamos— del estado de situación de un tiempo histórico que es caótico, y hace el esfuerzo de ordenarlo para intentar identificar y proponer algunas salidas posibles.

Cuando cerré la última página, la sensación que tuve fue que Leonel puso sobre la mesa todo lo que se podía ver e hizo un esfuerzo descomunal por ordenar ese caos y vislumbrar alguna salida para que el hacer sea de construcción para el futuro.

Lucía Topolansky

PRESENTACIÓN

Este ensayo toma partido, no es neutral, la neutralidad en una era trágica de guerras, crisis globales y genocidios es más complicidad que imparcialidad, es más defensa del *statu quo* que objetividad.

Vivimos en un mundo donde todo se acelera: guerras en vivo por *streaming*, algoritmos que nos espían, ultraderechas que convierten el odio en *show* y un planeta que se agota para que unos pocos sean obscenamente ricos.

Mientras tanto, nos dicen que sigamos escroleando como si nada.

Te vendieron que «las cosas son así» y que no hay nada para hacer: que el capitalismo es eterno, que la política es una estafa, que el futuro es ser un emprendedor exitoso o estrellarse. Pero cuando mirás un poco más de cerca, se ve que en realidad el todopoderoso capitalismo nos lleva a crisis planetarias, políticas, ecológicas, sociales, sanitarias y hasta cognitivas que muestran que este sistema no solo es injusto, sino que es directamente suicida. Sí, el capitalismo es un cáncer planetario: convive con el huésped —la sociedad y el planeta—, pero tarde o temprano, para sobrevivir, termina destruyéndolo.

Escribo para quienes sienten que algo no cierra, para aquellos que se incomodan cuando escuchan que «si te esforzás, llegás», pero en su barrio, en su cuerpo o en su salud mental la cuenta nunca

da; para quienes saben que no es mala suerte individual, sino un modelo pensado para que unos pocos ganen y la mayoría aguante mansamente una vida de derrotas, incertidumbre, urgencias y falta de proyección.

Intentaré fundamentar una idea simple y seguramente algo radical: el capitalismo no es una ley de la naturaleza, es una construcción humana, histórica, y por lo tanto se puede desmontar y remplazar. Y sí, las palabras que asustan a muchos vuelven a escena: rebeldía, revoluciones y socialismos. No como museo del siglo xx, sino como búsqueda de nuevos socialismos, diversos, democráticos, feministas, ecológicos, latinoamericanos.

Este ensayo busca hacer tres cosas: describir sistemáticamente las crisis globales en las que vivimos y qué podemos esperar de ellas; en segundo lugar, entender qué las provoca y por qué; y, finalmente, proponer algunas ideas sobre qué deberíamos hacer para transformar esta situación, abrir la imaginación y dejar de aceptar que no hay alternativa, buscando juntos los caminos para construir «otros mundos posibles», como decía José *Pepe* Mujica. Porque la frase «es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo» puede ser una descripción de nuestra época, pero eso no significa que sea el único destino posible.

No estás solo ni sola en esto. Hay millones de personas en el mundo enfrentando el «capitalismo caníbal» desde sus propios frentes: mujeres que pelean contra el patriarcado, pueblos originarios que defienden sus territorios, juventudes que se organizan contra el cambio climático y por la defensa animal, barrios que inventan otras formas de vivir y cuidarse.

Escribo, orgullosa e impenitentemente, desde el sur del sur, desde y para nuestra hermosa América Latina, una de las mejores

regiones del mundo. Quiero sintetizar y sistematizar una visión personal sobre los problemas que enfrentamos como humanidad, sobre cómo amenazan a nuestra especie y al planeta, y sobre cómo podemos, si así lo decidimos, rebelarnos. Cada uno y cada una puede hacer algo, desde el lugar más encumbrado hasta el más modesto, para cambiar el curso de las cosas.

El enfoque nace de mi peripecia personal: ciertamente formo parte de una generación de militantes políticos de izquierda, soy médico y ginecotocólogo, y desde hace décadas me desempeño como docente universitario; además, he tenido el privilegio de ser partícipe de profundas transformaciones en nuestra sociedad.

Pertenezco a una generación nacida en los años sesenta que se crio en dictadura y se emocionó con la Revolución nicaragüense, sintiéndose reflejada en el heroísmo del *Che* Guevara y en la construcción de nuevos modelos de sociedad que, aunque imperfectos, eran fuente de inspiración en un mundo muy distinto al actual.

Fuimos motor de la apertura democrática y constructores de una democracia «tutelada». Sufrimos la derrota del voto verde contra la nefasta ley de impunidad, que dejó libres a cientos de torturadores y asesinos del régimen militar, y contemplamos atónitos el punto de inflexión histórico que significó la caída del Muro de Berlín como expresión espectacular del derrumbe del «socialismo real». Nos dispersamos buscando nuevos rumbos, contribuimos a la ola progresista latinoamericana y padecimos el neoliberalismo. Nos dolieron la corrupción y el vaciamiento de la idea de «revolución social», y hoy nos alineamos inequívocamente contra el avance de la ultraderecha.

En nuestro haber acumulamos más derrotas que victorias. La militancia era nuestra forma de vida e intentábamos articularla

con la vida social, afectiva, familiar, estudiantil y laboral; de eso se trataba y, humildemente, creo que de eso se sigue tratando esta changuita de querer cambiar el mundo.

Como docente, soy de los que piensa que lo mas importante es buscar que las nuevas generaciones nos superen. Me preocupa profundamente el desinterés de muchos jóvenes por la política y, en particular, el giro a la derecha de los varones jóvenes. Para explicar lo que siento voy a hacer una analogía. En la práctica médica es habitual comparar la edad cronológica (los años de un paciente) con la edad biológica (lo que aparenta). Cuando coinciden, decimos que su edad biológica corresponde a su edad real y esto aleja algunos factores de riesgo que se pueden ver con el envejecimiento prematuro, por ejemplo. En política ocurre algo parecido: hay jóvenes que piensan como viejos y viejos que piensan como jóvenes. No se trata de reducir las ideas a la edad, pero, como dijo Salvador Allende —médico, presidente y mártir del golpe pinochetista—: «Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción casi biológica». Que hoy amplios contingentes de jóvenes varones comulguen con las ideas de las ultraderechas y canalicen su bronca contra lo colectivo duele, porque ya conocemos el desenlace: de la frustración pasarán a engrosar contingentes de acólitos de los poderosos de turno.

Participé en transformaciones socioculturales claves durante el gobierno de José Mujica (2010-2015), un período que sintetizo como «la revolución de los derechos». Esos avances no fueron casuales: respondieron a una dirección programática del Frente Amplio, a la potencia del movimiento social —en especial del feminista— y a la visión estratégica de un presidente que eligió empujar los cambios en lugar de frenarlos. Fue la aplicación de una cosmovisión de izquierda a la realidad concreta, bien planteada

y bien comunicada: un ejercicio imprescindible para no perder el rumbo y que logró transformar la realidad social de mucha gente en nuestro país.

«A la vida hay que inventarle una causa» decía *Pepe* Mujica. Hoy estamos viviendo un cambio histórico en el desarrollo de la humanidad. Ni más ni menos. Como dijo el excanciller uruguayo Enrique Iglesias, no se trata de una simple era de cambios, sino de un verdadero cambio de era. Reconocer una transformación de esta magnitud mientras sucede nunca es fácil, pero los procesos que comenzaron hace poco más de una década y se aceleraron vertiginosamente en los últimos meses así lo demuestran. El factor más disruptivo es el cambio de estrategia del imperialismo estadounidense, que reclama a América Latina lisa y llanamente como zona de vasallaje.

En este contexto, ¿cuál será tu causa? ¿Aceptar plácidamente los designios del imperialismo y de sus cipayos en nuestro país, o rebelarte, buscar a otras y otros para organizarse y enfrentarlos, creando otros mundos posibles donde vivir y ser felices?

El cambio de era del que hablamos se basa en una reformulación salvaje del sistema capitalista global que promueve grandes crisis sistémicas que abarcan a todo el planeta y constituyen el telón de fondo en el que se despliega la peripecia humana. Estas crisis no son accidentes ni castigos divinos: son resultado de potentes fuerzas económico-sociales desarrolladas bajo los principios de un capitalismo y mercantilismo sin contrapesos ni regulaciones éticas. En el inicio del tercer milenio, la humanidad navega lo que se ha llamado la Cuarta Revolución Industrial. A diferencia de las anteriores, esta no solo transforma los medios de producción, sino la esencia misma del ser humano, a través de la inteligencia

artificial, la manipulación genética, la nanotecnología con implicancias impensables en la reparación del cuerpo humano, por ejemplo, y la interfaz cíborg que implica la adaptación de dispositivos tecnológicos para transformarnos como humanos.

Como veremos más adelante, las crisis sistémicas globales —políticas, sociales, ecológicas, sanitarias y culturales— no son anomalías: son consecuencias inevitables de un modelo que impacta simultáneamente sobre todos esos planos. De allí surge la urgencia de construir una conciencia anticapitalista como única vía de salvación, humana y planetaria.

Este avance de la ignorancia, del miedo y de la ira se da, además, en un momento histórico singular. Muchos sectores sociales —y, preocupantemente, una gran parte de la juventud— desconfían como nunca de la política y ponen en duda las evidencias científicas. Precisamente aquello que podría frenar el embate destructor del capitalismo —el compromiso social, sobre todo de los más jóvenes— es hoy uno de los blancos principales de la ofensiva reaccionaria.

Esta nueva era que nos toca vivir tiene sus orígenes, en parte, en 1989. Ese año implosionó el llamado «socialismo real» soviético: un viejo modelo burocrático y autoritario (trágica caricatura del modelo soñado por Marx y Engels cien años antes) que terminó borrado del mapa y que, junto con sus deformaciones, arrastró —injustamente, por cierto— la propia noción de revolución como promotora de la liberación de la persona y la sociedad para amplios sectores. El olvido de la revolución como actitud política y proyecto colectivo dejó el campo libre para lo que hoy vemos: el avance global de las ultraderechas, el desmoronamiento de democracias liberales incapaces de dar respuesta a las mayorías y el vaciamiento

de la democracia participativa en favor de una representación cada vez más superficial.

Ese languidecer revolucionario iniciado en 1989 se ha profundizado. Vivimos una era francamente contrarrevolucionaria. Sin contrapeso desde la izquierda, la derecha palidece ante la ultraderecha, y la ultraderecha muestra su rostro más reaccionario y violento: guerras inverosímiles, genocidios televisados, proyectos de control social total. Todo es espectáculo en esta nueva era. Algunos la denominan la Gran Aceleración, por lo vertiginoso de los cambios. El celular se ha vuelto un apéndice humano. La sensación de urgencia es permanente, la lentitud deprime, la pausa parece subversiva. En este mundo virtual, lo superfluo y lo épico se confunden bajo un denominador común: la escasa reflexión. La ausencia de análisis crítico, de pensamiento juicioso e informado, en fin, de abordaje científico de las cosas abre espacio a la credulidad y la búsqueda en lo mágico o lo puramente intuitivo. Es una paradoja trágica: en la era de la información ilimitada, carecemos de herramientas para procesarla. Cualquier voz, sin la más mínima capacidad o conocimiento, puede volverse *influencer*, y las redes sociales amplifican sin filtro la estupidez y la maldad.

Pero ¿por qué ocurre esto?, ¿por qué se rechaza el conocimiento científico, el compromiso con la sociedad y con el prójimo? Las personas niegan lo evidente no porque sean estúpidas, sino para demostrar que son inteligentes. La inteligencia, de alguna manera, consiste en desconfiar de los hechos e interrogarse por el propósito de la enorme cantidad de datos que se vuelca sobre nosotros cada día. Si se carece de un pensamiento racional y objetivo, un abordaje más científico de los hechos, digamos, esa información se vuelve una masa confusa que hay que ordenar. Para ordenarla, en lugar de apelar a una mirada crítica, muchas veces es más fácil subirse al

carro de alguna teoría conspiranoica de moda, o incluso, por qué no, crear una propia. En cualquier caso, en las redes siempre es posible encontrar a otros que se sumen, y así el disparate no tiene límites: es, virtualmente, infinito.

Esta pulsión de búsqueda irreflexiva en la incertidumbre es una de las claves de la expansión de las ultraderechas, especialistas ayer en el ascenso del nazi-fascismo europeo, hoy y siempre en crear teorías conspirativas y negacionistas que llegan hasta el delirio. Ese delirio es, en el fondo, la forma extrema de una racionalidad muy valorada en nuestras sociedades: la que busca en cada hecho particular la confirmación de un orden global oculto.

Cuando la confianza en el pensamiento crítico y creativo, en el abordaje científico de las cosas se debilita, ese impulso de creer en algo se vuelca hacia mitos, leyendas, fundamentalismos y liderazgos irracionales. La necesidad humana de confiar en algo se desplaza así desde la ciencia y la política hacia relatos mágicos y simplistas.

Por eso, enfrentar la impunidad de la ignorancia en tiempos de miedo e incertidumbre requiere más conocimiento científico, más política y más derechos. Solo así podremos acompañar, desde una ética humanista, el avance arrollador de la tecnología. La reciente pandemia de COVID-19 es el ejemplo perfecto: un evento cercano en el tiempo pero lejano en la conciencia social, que sumergió al mundo en una angustia colectiva que solo la ciencia —con vacunas y conocimiento— consiguió mitigar.

No hace falta que todos sean el *Che* Guevara; hace falta que cada quien, desde donde está, se anime a pensar con cabeza propia, como nos enseño el *Bebe* Sendic, a organizarse con otros y a poner su granito de arena para cambiar el rumbo. Revisar concepciones, consolidar principios, proyectar futuros. El ejercicio es doble.

Por un lado, imaginar otros mundos, pero con los ojos abiertos, es decir, utilizando la razón y el conocimiento científico para diseñarlos de manera sostenible. Para ello necesitamos una ciencia comprometida con los problemas y soluciones de la sociedad. La cómoda postura de la «neutralidad científica» en un mundo que se derrumba equivale a respaldar el *statu quo* y aceptar un colapso civilizatorio funcional a megacorporaciones y neoimperios.

En segundo lugar, necesitamos inspiración y convicciones que nos llamen a involucrarnos en las grandes causas sociales. En palabras de Mujica: «El único éxito en la vida es tener la capacidad de levantarse cada vez que uno se cae», manteniendo sentimientos positivos frente a la violencia y la deshumanización que destila la ultraderecha.

En síntesis, la invitación es a involucrarnos en la acción social, comunitaria, gremial, política. En lo personal reivindico, con todos los problemas que tiene, la acción política como actividad humana por excelencia. Derivada de la palabra griega polis, es la herramienta que tenemos como seres gregarios para ennoblecer nuestra convivencia. La acción política es lo único que garantiza que en una época de poderosas fuerzas retrógradas podamos, mediante la razón y el corazón, seguir luchando por alternativas para un mundo mejor, más justo, más libre y más feliz. No hay que dormirse ni anestesiarse; hay que salir y dar batalla.

El desafío es enorme: cómo pasar de la indiferencia al interés; de la desinformación y la naturalización del sufrimiento a la indignación; de la inacción a las revueltas; de las revueltas parciales a procesos de liberación nacional y construcción de socialismos.

El objeto de este libro se sitúa entre lo político y lo social, e intenta aportar una pizca de la reflexión necesaria para estimular

el pensamiento complejo que propone Edgar Morin y que, sin duda, forma parte del mayor legado —aunque a él no le gustaba esa palabra— que *Pepe* Mujica nos dejó y que se expresa hoy en la pregunta: ¿cómo resistir en una era contrarrevolucionaria y construir nuevos mundos posibles?